

GAITÁN Y EL 9 DE ABRIL SEGÚN LOS DIPLOMÁTICOS FRANCESES: UN EJEMPLO DE IMAGINARIO ANTICOMUNISTA

RENAN VEGA CANTOR

Este ensayo se basa en la documentación que sobre los sucesos del 9 de abril de 1948 en Colombia se encuentra en los Archivos Diplomáticos franceses, información que corresponde al período 1945-1952. Hasta donde sabemos, somos los primeros investigadores en tener acceso a dicha información que se concentra especialmente en el origen y desarrollo de la crisis política que sacudió al país y que tuvo una estrecha relación con el desencadenamiento de la Violencia.

Una característica permanente de la información diplomática francesa de este período es su abierto anticomunismo. En este sentido, la mentalidad diplomática de los funcionarios expresa un evidente *imaginario anticomunista*. Este se puede caracterizar como una expresión del siglo XX, desde la Revolución Rusa, incluyendo la Guerra Fría, y cuyos elementos más notables son una paranoia permanente de explicar todas las acciones sociales por la influencia de elementos comunistas; una sobrevaloración de las fuerzas de izquierda, a todas las cuales se les endilga el calificativo de comunistas; un desprecio hacia todas las luchas sociales y protestas populares, nunca entendidas como producto de su propia lógica sino siempre manipuladas por “agitadores internacionales” o por “individuos sin patria”; una esquizofrénica manía de ver por todo lado la mano de la Unión Soviética y el oro de Moscú; una aceptación incondicional de la hegemonía de Occidente, y particularmente de los Estados Unidos, y del auto-ensalzado “mundo libre”; y, en fin, una tácita aceptación del uso de la represión que se emplea contra los sectores populares y las fuerzas de izquierda, todo a nombre de los valores de la civilización occidental y católica. Pues bien en el caso que nos ocupa, el *imaginario anticomunista* se manifestó claramente en la explicación del 9 de abril y los eventos subsiguientes, según la visión de los diplomáticos franceses, tal y como lo mostramos en este ensayo.

Gaitán visto como un fascista tropical

Desde mediados de la década de 1940 el dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán se convirtió en el principal actor político de la vida nacional. Por su origen social, por sus capacidades oratorias, por su discurso populista, Gaitán impactaba a los sectores pobres de las ciudades e impresionaba también, negativa o positivamente, a cualquier observador atento de la vida política colombiana, como fue el caso de los diplomáticos franceses, y particularmente del primer embajador en Colombia Jacques Lecompte (J.L.). Efectivamente, las observaciones plasmadas en la Correspondencia Diplomática permiten hacer un seguimiento de la manera como los funcionarios franceses apreciaban a Gaitán.

Antes de analizar las informaciones concernientes a los sucesos del 9 de abril y los momentos previos, desde fines de la década de 1930 los representantes franceses esbozaron observaciones marginales sobre Gaitán, cuando este era un político casi desconocido y todavía no mostraba las características de caudillo que luego lo distinguieron en la vida política colombiana. En 1938, R. D'Aumale, Ministro Plenipotenciario de la República Francesa en Bogotá, comentando la situación política

del país en vísperas de las elecciones presidenciales de ese año, consideraba que en el seno del partido liberal se estaba configurando una tendencia de izquierda, en la cual sobresalía el nombre de Jorge Eliécer Gaitán. Este último, decía el representante francés, es “Indio por sangre, partidario del derrocamiento del orden social existente en Colombia, de la desaparición de todos los elementos burgueses españoles, bien sean conservadores o liberales. Ese es el aliciente de un movimiento nacionalista y social puramente indio. Probablemente, no será ni mañana e incluso ni pasado mañana que él tomará una amplitud notable”¹.

Al final de este mismo comentario, a propósito de la campaña electoral de 1938, se decía:

¿Vamos entonces a asistir a la conjunción de los grupos liberales izquierdistas con los del señor Jorge Eliécer Gaitán, conjunción que se haría bajo el signo de una campaña “anti-santista” y comunizante, cuyo “slogan” sería “La tierra al obrero indio”? La tentación es fuerte, porque habría para el jefe de esta campaña una mayoría campesina y obrera enorme, de millares de miserables que no tienen casi nada y para los que un pedazo de tierra sería todo².

La última parte del comentario es esencial, porque consideraba las condiciones económicas de una parte de la población que, como resultado del proceso de industrialización de la década de 1930, migraron a las ciudades, pero no fueron incorporados a la población productiva. Dichos sectores, de origen campesino, representaban una gran masa marginada que sobrevivía en los suburbios de las grandes ciudades. Estos sectores urbanos fueron, efectivamente, el principal componente del gaitanismo en la década de 1940.

Los comentarios antes citados muestran que Gaitán había recibido alguna atención por aquel diplomático, aunque esas afirmaciones hayan sido episódicas. J. L., después de 1945 hizo un seguimiento algo más detallado del gaitanismo. A dicho análisis nos referimos a continuación. Los primeros comentarios de J. L. sobre Gaitán datan de 1946, durante la campaña electoral en la que el líder liberal fue candidato disidente de su partido. La manera como Gaitán desarrollo su campaña electoral impresionó al diplomático francés.

La información específica sobre las elecciones de 1946 no fue ni mucha ni muy importante, tal vez por el poco tiempo que llevaba en el país el nuevo cuerpo diplomático. Desde los primeros reportes, escritos en 1945 por otros funcionarios, lo que les llamaba la atención era la división electoral y el carácter de la candidatura de Gaitán. En la primera referencia que se hace sobre Gaitán se le considera como “de inspiración fascista” y se señalaba la manera como su candidatura adquiriría fuerza en el seno del partido liberal.

Esta misma idea será retomada continuamente por J. L. En efecto, en abril de 1946, una semana antes de las elecciones, el representante francés escribió uno de los más sistemáticos reportes sobre Gaitán. Primero se ocupa de sus métodos electorales. Para J-L, las “ideas musolinianas, xenóforas, antisemitas, anti-oligárquicas” de Gaitán “se abren paso en el país”. Pese a sus esfuerzos, “Gaitán no tiene la envergadura de sus predecesores y maestros, Mussolini y Hitler”³. En un comunicado del 3 de mayo, J-L definió a Gaitán como un político “anti diez-familias, combatido por el clero y demagogo de tendencias fascistas”⁴. Posteriormente, en otro informe, reafirma su visión sobre Gaitán, el que:

ha hecho su campaña según los métodos musolinianos colocando en primer plano los sentimientos xenófobos y los deseos de independencia económica de los colombianos con respecto a los Americanos, así como el antisemitismo. Es necesario anotar a este propósito que Colombia, hasta 1940, ignoraba a los judíos, el problema judío; pero ante el dinamismo y el espíritu de empresa de esos refugiados que han contribuido ampliamente a desarrollar el comercio [...] ciertos elementos colombianos han sido sensibles a los eslóganes de Gaitán⁵

Con respecto a este comentario, se debe hacer una clarificación sobre la xenofobia que Gaitán desarrolló en su campaña electoral, y que J.L. califica de “antisemita”. Este calificativo no es exacto en ningún sentido, porque aunque Gaitán haya afirmado en diferentes discursos el carácter no “nacional” del origen familiar de su antagonista político Gabriel Turbay, jamás tuvo manifestaciones antisemitas. Y el ejemplo del discurso anti-Turbay no era válido, por la sencilla razón de que su antagonista no era de origen judío, sino de procedencia sirio-libanesa. Las dos cosas no eran idénticas y no se les podía confundir fácilmente como hizo el Embajador francés. Esta confusión nació porque J.L. hizo una transposición mecánica de la reciente política europea de la preguerra y de la Segunda Guerra Mundial a la situación colombiana. Como para J. L. Gaitán era un fascista, un alumno de Hitler y Mussolini, era sencillo atribuirle una política antisemita como la seguida por los fascismos europeos. El representante francés no ve la campaña de Gaitán como una reivindicación del “país nacional” (noción usada frecuentemente por el político colombiano) contra el “país político” tradicional que representaba Turbay. Además la reivindicación nacionalista de Gaitán era una forma de resaltar sus propios orígenes mestizos e indígenas, sectores sociales siempre despreciados por las élites colombianas.

J. L. tampoco entendía la relación que tenían los llamados nacionalistas de Gaitán con la composición social del movimiento gaitanista, formado por los sectores pobres de las ciudades. Por eso, antes de las elecciones no le auguraba ningún éxito político a Gaitán que a lo sumo “no dispondrá sino de doscientos a trescientos mil votos”⁶. Como los resultados electorales desmintieron las previsiones de Lecompte-Boinet, ya que Gaitán obtuvo 358.000 votos, su explicación de la derrota liberal se concentró en inculparlo. Para L.-B. “la causa determinante del fracaso del partido liberal fue la campaña demagógica, violenta a la manera de los dictadores europeos, que Gaitán...efectuó en todo el país”⁷. Analizadas las cosas en estos términos, el diplomático francés concluye que “en realidad Gaitán no era liberal sino de nombre y es un tercer partido el que ha hecho su aparición”⁸. Esta fue la misma explicación, que con una buena dosis de amargura, presentaron los políticos tradicionales sobre la derrota liberal, reproducida por los editoriales de la prensa oficial del partido (principalmente del diario *El Tiempo*). En rigor, todos aquellos que defendían la candidatura “continuista” de Gabriel Turbay no podían aceptar que hubiera sido alguien perteneciente al liberalismo el causante de la derrota. En ese sentido, Gaitán era antiliberal, fascista, comunista, xenófobo o cualquier cosa menos liberal. Esta misma interpretación era la que implícitamente adoptaba J. L. cuando señalaba como probable que con motivo de las “próximas elecciones presidenciales, conservadores y liberales de las diez familias se unan alrededor de un solo candidato contra Gaitán que representará a las masas”⁹.

En la época, observando únicamente las características externas del gaitanismo, era corriente calificar apresuradamente a Gaitán como una especie de caricatura tropical de Mussolini. Esta misma perspectiva fue la que adoptó el Ministro Francés, como lo asumió en su tiempo hasta el Partido Comunista de Colombia.

Si el representante francés veía en Gaitán a un fascista, sorprende que en determinados instantes lo considerara como una ficha electoral de la política soviética. Esto en razón de que, aparentemente, el Ministro soviético en Colombia aprovechaba el discurso anti-oligárquico de Gaitán. En efecto, “mientras que las diez familias de Colombia” no procuran realmente mitigar la muy grande desproporción que existe “entre su propio nivel de vida y el de las masas explotadas”, porque piensan que hay un gran espacio “entre la Rusia Soviética y la Cordillera de los Andes”, por su parte “el Ministro Soviético, que me parece singularmente más fuerte que sus colegas organiza lentamente la captación en su provecho de esas masas providencialmente estremecidas por Gaitán”¹⁰.

Estas extrañas afirmaciones, no lo son tanto si se considera que el diplomático francés a lo largo de sus análisis hizo gala de una abierta actitud anticomunista. No de otra forma se puede entender que afirme al mismo tiempo que Gaitán era anticomunista pero también procomunista, pues era utilizado por los comunistas de Colombia y de América Latina.

Aunque J. L. no simpatizaba con Gaitán, entendía que la fuerza que adquiriría su movimiento tenía una base real, que se apoyaba en la desigual distribución de la riqueza y en las difíciles condiciones de vida de los indios y los campesinos. Verdaderamente, “el nivel de las masas es increíblemente bajo mientras que las clases dirigentes ven sus fortunas aumentar todos los días”¹¹. En virtud de tales circunstancias, existía un terreno abonado para que el discurso anti-oligárquico de Gaitán tomara fuerza e hiciera peligrar la estabilidad política y social del país. Como su predecesor R. D'Aumale en 1938, J. L. en 1946 hizo una predicción que resultó cierta. A partir de sus presupuestos ideológicos anticomunistas y mezclando factores absolutamente opuestos (tales como la propaganda soviética y las supuestas relaciones entre México, donde debía prender la “chispa revolucionaria” y Colombia), afirmaba:

todo parece conducir en este país en un lapso de tiempo comprendido entre dos meses y dos años, a una revolución sangrienta que dejará a los conservadores y a los liberales desorientados y atónitos, si no toman aquí y allí las medidas enérgicas que se imponen para atenuar en este país, en plena prosperidad económica, la miseria de las masas indias¹².

El 9 de abril visto como una conspiración del comunismo internacional

El análisis sobre Gaitán como actor político es más sistemático en la información relacionada con los sucesos del 9 de abril de 1948. Este es el punto que a continuación desarrollaremos. Antes de explicar el análisis que sobre este suceso hicieron los diplomáticos franceses, es indispensable hacer un recuento general de los acontecimientos.

En medio de la violencia partidista y la continua crisis política del gobierno de Unión Nacional, a partir del 5 de abril la administración de Ospina Pérez debía organizar la IX Conferencia Panamericana, en la cual se presentaba como “novedad” la presencia del general Georges Marshall, Secretario de Estado de los Estados Unidos. Antes de

comenzar la Conferencia, bajo los auspicios del gobierno estadounidense se había establecido como punto central de la agenda la discusión sobre el comunismo internacional y el papel que América debía adoptar al respecto.

A nivel interno, ante las presiones de los sectores más radicales del partido conservador, pese a la oposición liberal, el gobierno de Ospina designó como Ministro de Relaciones Exteriores al jefe de la extrema derecha conservadora Laureano Gómez, quien por esta designación se convirtió en el representante oficial de Colombia ante ese evento internacional. Por el contrario, el dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán, indiscutible jefe de su partido, no fue invitado a participar en la Conferencia. Estos dos hechos generaron una evidente tensión política en los momentos previos a la inauguración de la Conferencia. Cuando ésta se desarrollaba, en pleno centro de Bogotá fue asesinado Jorge Eliécer Gaitán. Este asesinato produjo una insurrección popular que duro varios días y que se extendió a varias regiones del país. El gobierno de Ospina, la delegación de Estados Unidos, y las resoluciones finales de la IX Conferencia Panamericana responsabilizaron al movimiento comunista internacional no sólo de haber asesinado a Gaitán sino de planear, organizar y ejecutar la insurrección. Como resultado inmediato el gobierno colombiano rompió relaciones con la Unión Soviética y la IX Conferencia justificó la aprobación de una política claramente anticomunista.

En su primer comunicado sobre los sucesos del 9 de abril, fechado el 12, el Ministro francés mencionaba los antecedentes de la crisis política como la razón fundamental que explicaba porque las “reacciones que se produjeron luego del asesinato de Gaitán hayan sido tan rápidas y tan violentas”¹³. Diez días después confirmaba su análisis, señalando con más detalles las características de la crisis política colombiana, entre cuyos elementos destacaba: “debilidad creciente del gobierno de Unión Nacional, incoherencia del parlamento, constantes reestructuraciones del gobierno, ausencia de política económica y social, crisis de la política de colaboración, crisis en el seno de los partidos, múltiples asesinatos político, huelgas petroleras, encarecimiento de la vida”¹⁴.

Anotaba también que la designación de Laureano Gómez, “el líder más violento del partido conservador”, como Ministro de Relaciones Exteriores poco antes de la IX Conferencia Panamericana, no contribuyó a calmar los espíritus políticos. Estos, a la vez, fueron radicalizados por Gaitán mismo, quien lanzó contra aquel ministerio una violenta campaña “que llevo a las masas liberales a separarse de los jefes moderados del partido liberal para seguirlo ciegamente”¹⁵.

A pesar del enrarecido clima político del país, ningún dirigente suponía que un hecho extraño pudiera perturbar el desarrollo de la Conferencia Panamericana. Sin embargo, “el viernes 9 de abril, estalló como una bomba la noticia del asesinato de Gaitán. La reacción del pueblo en tales circunstancias necesariamente debía ser brutal”¹⁶. Fue en este momento crucial de la historia nacional cuando adquirieron funcionalidad las consideraciones sociológicas de J.L. sobre el carácter de la población colombiana. Para él, la cólera popular “despertaba los instintos ancestrales de elementos fuertemente mezclados de indios”¹⁷, lo que naturalmente “debía desencadenar las más bajas pasiones”¹⁸. J.L. no dijo nada más sobre esta circunstancia, ni desarrolló sus ideas sobre el carácter de los instintos ancestrales, de índole criminal, porque no tenía necesidad de hacerlo, ya que en su visión etnocentrista eso era un hecho evidente.

Aunque él no hubiera dado ninguna explicación de carácter “sociológico” -explicación que si dio en algunos informes- sobre la “raza” colombiana, su diagnóstico tendría de todas formas el carácter de un axioma. Pero en su caso, su posición ante la protesta era una consecuencia lógica de su forma de ver al país y a sus habitantes. En ese segundo documento, J.L. rectifica implícitamente su análisis sobre el supuesto carácter organizado del movimiento insurreccional, ya que “en el desorden y la anarquía total [...] el pueblo en los campos ha querido vengar a su jefe quemando casas, propiedades y cosechas”. No obstante su carácter espontáneo y anárquico, en las ciudades el movimiento “ha sido estimulado por agitadores” que han incitado “al pillaje, a la destrucción y al incendio”¹⁹.

¿Quiénes eran esos agitadores? Para explicarlo es necesario interrogarse sobre “quien tenía interés en asesinar a Gaitán y en fomentar disturbios de esta naturaleza”²⁰. En torno a esta cuestión esencial, J. L. explora diversas hipótesis, indagando sobre la posible responsabilidad de los partidos políticos, aunque de entrada prácticamente descarta tal posibilidad al decir que “se ve mal a los grandes partidos nacionales aceptar deliberadamente la destrucción de la capital del país y de muchas grandes ciudades bajo los ojos de los representantes de 20 naciones por un tenue éxito de política interior”²¹. Con esta aclaración examina las posibilidades.

Primero sondea la hipótesis sobre la responsabilidad del Partido Conservador para “decapitar al partido liberal”, su eterno rival. Rápidamente la descarta, debido tanto a que los conservadores fueron “sorprendidos por el evento” como a que ellos en definitiva aceptaron “ceder en tal circunstancia las palancas de comando (Gobierno, Guerra, Educación) al partido adverso”; además, si la responsabilidad del hecho hubiera sido conservadora como explicar “la orientación netamente antirreligiosa de ciertas destrucciones (nunciatura, arzobispado, iglesias, colegios y conventos)”. La tercera posibilidad era la de responsabilizar a los “agitadores internacionales” quienes estaban interesados “en golpear la imaginación con destrucciones masivas en el corazón del continente americano”. Para éstos, el objetivo era destruir lo que encontrarán a su paso, pues ellos eran conscientes que por ser minoritarios en el conjunto de fuerzas políticas del país no podían tomarse el poder. Por eso emplearon un “buen” método: “Era al jefe popular al que era necesario asesinar para sublevar a las masas, porque ni la muerte violenta del presidente de la república, ni la de Laureano Gómez, ni la del general Marshall no habrían verdaderamente sacudido a las masas populares como lo hizo la muerte de Gaitán”²².

Ahora bien, ¿quiénes eran los “agitadores internacionales”? El diplomático francés no lo dice explícitamente, pero teniendo en cuenta la trayectoria de sus análisis previos sobre la política colombiana, y otras consideraciones sobre el 9 de abril, no queda ninguna duda que aquellos eran los comunistas. Y esta es la hipótesis que implícitamente acepta J. L.

La responsabilidad de los comunistas para él fue clara desde el primer momento. En efecto, en el reporte original sobre los sucesos del 9 de abril, adoptó el punto de vista oficial de Estados Unidos. Enfáticamente, el diplomático francés dijo: “Si los telegramas dirigidos por el Secretario de Estado a sus servicios no son afirmativos sobre la primera causa de los sucesos, ellos no dejan sin embargo subsistir ninguna duda sobre el hecho que los comunistas habrían tomado parte en ellos a partir de un plan preestablecido”²³. J. L., que en esta ocasión parecía ser el portavoz oficial del

Departamento de Estado de los Estados Unidos y no el representante diplomático de Francia, concluyo su mensaje así:

El Departamento de Estado espera que de todos modos, del presente mal saldrá un bien, en el sentido que [...] las delegaciones sudamericanas, comprendida la delegación argentina, habrían quedado suficientemente impresionadas por las escenas a las que vienen de asistir para querer en adelante llevar a buen término los proyectos de acción colectiva anticomunistas que han sido sometidos a la conferencia²⁴.

En otro telegrama enviado el mismo día, 12 de abril, J. L. sostenía que había existido una “extraña coincidencia” entre el asesinato de Gaitán y los sucesos violentos que este hecho había desencadenado, con la realización de la IX Conferencia Panamericana, en la cual se debía fijar “la posición de 20 democracias ante el comunismo”. Los desórdenes “entrañan la pérdida de prestigio para los Estados Unidos”, puesto que todos los sucesos mostraban la tentativa de “sabotear el programa Marshall de ayuda económica a América Latina por medio de préstamos privados”. En definitiva, ante todos los eventos “uno no puede dejar de pensar en un extraño concurso de circunstancias” que favorecen “singularmente los intereses de las potencias hostiles a la política norteamericana”²⁵.

Según el análisis del representante francés todos los caminos conducían a Moscú: en el plano interior los agitadores internacionales eran fichas del gobierno soviético y a nivel mundial el 9 de abril favorecía su oposición al gobierno de Washington. He aquí una buena muestra del imaginario anticomunista de los diplomáticos.

Y la opinión de J.L., que de una u otra manera responsabilizaba a los comunistas de ser los causantes del asesinato de Gaitán, era compartida por otros miembros del cuerpo diplomático francés. Por ejemplo, Oliver Deleau, Secretario de la Delegación, un mes después de los sucesos escribió un largo comentario sobre el 9 de abril. En este documento hizo un recuento de los antecedentes del magnicidio de Gaitán, que coincidía punto por punto con el análisis de J. L. En este sentido, Oliver Deleau solamente ampliaba los detalles con respecto a las consideraciones de aquél. Allí señala que el movimiento gaitanista que pretendía ser liberal, de liberal no tenía sino el nombre, pues en verdad era la “manifestación colombiana [...] de ese caudillismo o de ese caciquismo típicamente latinoamericano”. Seguidamente, señalaba que Gaitán era un tribuno popular que se inspiraba en Mussolini y Perón, era “el Duche en comunión de espíritu perfecto con su pueblo”. Gaitán supo “agitar la apatía de las masas indias y atraer hacia él los elementos que...sin duda hubieran ido al comunismo”²⁶.

Para O. Deleau, Gaitán actuó de manera irresponsable, con lo que demostró que aunque hubiera sido un tribuno no tenía la altura de un hombre de Estado, por conducir una política “mezquina” de oposición al gobierno de Unión Nacional. A partir de las condiciones de inestabilidad política, inestabilidad agudizada por Gaitán, más una difícil situación económica y la rivalidad de los partidos, era “evidente que la primera chispa produciría una explosión”²⁷. Sin embargo, la explosión del 9 de abril, pudo ser

desde la primera hora explotada y dirigida por elementos manifiestamente experimentados... La tensión política no es suficiente para explicar la ocupación casi inmediata de las emisoras, la

constitución de una “junta revolucionaria”, que ha dado durante 6 o 7 horas, a través de las ondas de radio, directivas a sus agentes repartidos por todo el país, recomendándoles la toma de los edificios públicos, de las alcaldías, del telégrafo, de las estaciones de policía y en particular el incendio de todos los inmuebles que albergaban los servicios de la policía. [...] La existencia de bombas incendiarias, encontradas un poco por todos lados y, sobretodo, el plan de destrucción espectacular de la capital...que nunca un jefe político colombiano, por sectario que fuera, habría ordenado.

Todas estas evidencias confirmaban la validez de la tesis que inculpaba a los comunistas²⁸. Estos hechos de “factura comunista” quedaban confirmados por Oliver Deleau, si se recuerda que en febrero de 1948 había estado en Bogotá el senador comunista chileno Salvador Ocampo e, igualmente, desde dos meses antes de la Conferencia Panamericana se habían visto desfilar por Bogotá “un cierto número de extranjeros sospechosos” lo que parecía mostrar la existencia de un “plan comunista para sabotear la Conferencia”. Todo lo cual lleva a pensar que “los elementos revolucionarios -que ya disponían de cierta organización clandestina en el país- han podido aprovechar la ocasión ofrecida por el asesinato del Doctor Gaitán -si es que no fue ordenado por ellos mismos”²⁹.

Aquí el tono ya no era hipotético, era prácticamente afirmativo, pues se sostenía que los comunistas planearon y ejecutaron el asesinato de Gaitán. Para darle un tono más convincente a sus afirmaciones, Oliver Deleau recurrió a la denominación de “ellos” —todos los colombianos— que luego de los sucesos estarían culpabilizando a los comunistas. Como era difícil para ellos —los colombianos— poder inculpar a los partidos políticos o a sus jefes (y Deleau no dio ninguna razón del porque los colombianos no podían pensar tal cosa), “en revancha ellos percibían fácilmente las ventajas que la operación podía representar para los comunistas”³⁰. Esas ventajas eran:

La desaparición de Gaitán servía sus intereses, porque el mismo Gaitán era anticomunista y él hubiera utilizado esta nueva fuerza en su beneficio” y no en el de los comunistas. “Con su muerte, el movimiento que creó puede ser ahora agarrado por el comunismo que ya se ha apropiado de su periódico y que, sin duda, piensa que ha llegado el momento de entrar activamente en la vida política colombiana³¹.

Líneas abajo, tal vez dándose cuenta que había llegado demasiado lejos en sus apreciaciones, O. Deleau señalaba que pese a no existir pruebas concretas para inculpar al comunismo, creía que éste tenía todo el interés en “perpetrar este atentado e incluso era el único que podía aprovecharlo”. De ahí en adelante, O. Deleau considera la hipótesis de que el asesinato de Gaitán hubiera sido cometido por “un pequeña red de hombres irresponsables que han creído servir a su patria”. Si ese fue el caso, entonces hay que concluir que el gobierno colombiano dio muestras de una increíble incompetencia por no tomar elementales medidas de seguridad durante el desarrollo de la Novena Conferencia Panamericana. Entre las gentes de este país se tendía a privilegiar la acusación al comunismo como una forma de negar la responsabilidad de los partidos, su desorganización y anarquía y, sobretodo, que “este pueblo está todavía en un increíble estado de salvajismo primitivo difícilmente alcanzado en otras partes”³².

Por último, Oliver Deleau afirmaba que para encontrar la verdad se debía ver en los hechos del 9 de abril, la conjunción de dos factores: uno de origen local y otro internacional. Pero, nuevamente, y esto era producto del “imaginario anticomunista”, O. Deleau “reteniendo parcialmente la hipótesis comunista”, se inclinaba a pensar que “los argumentos susceptibles de apoyarla deben ser buscados menos en el dominio de la política interior colombiana que en el de la política internacional porque, en ese plano, el comunismo podía...sacar partido de una demostración espectacular al sabotear la conferencia”³³.

Reafirmando su convicción acerca de la responsabilidad comunista, concluye que sin duda el comunismo internacional debía pensar que

esta acción facilitaría la firma de un pacto anticomunista interamericano, pero sabía que, de todos modos, el concierto de las naciones americanas no le sería favorable. Y es en realidad en el plano mundial —y no solamente en el plano americano— que la operación podía concebirse: ella permitiría mostrar al mundo entero que el comunismo internacional ya está instalado en un continente que parecía enteramente situado bajo el control de los Estados Unidos, que está en capacidad de sublevar a un pueblo en el corazón mismo de América y en consecuencia, en caso de conflicto, de encontrar allí a su favor una “quinta columna” activa. Era debilitar, a los ojos de los comunistas de Europa y de Asia, la posición de los Estados Unidos³⁴.

No sabemos si Oliver Deleau fue consciente de que sus últimas palabras en lugar de responsabilizar al comunismo internacional —es decir, a la URSS— en realidad eran más aplicables a los Estados Unidos, pues ¿quién además de éstos podía estar interesado en hacer todo lo que decía Deleau? El comentario ponía en evidencia hasta donde podía llegar el imaginario anticomunista de los diplomáticos, pues su fantasía lindaba en la paranoia al juzgar un hecho que, desde luego, fue importante pero que no tuvo el carácter de conspiración mundial hábilmente urdida desde Moscú con el fin de debilitar el poder de los Estados Unidos, como lo sugirió sin ninguna evidencia el funcionario francés.

Por lo demás, respecto a la supuesta responsabilidad comunista en el asesinato de Gaitán, las informaciones procedentes de diferentes lugares del mundo, y recogidas por distintos embajadores franceses, muestran dos opiniones diversas: responsabilizar a los comunistas o no inculparlos. Entre los que aceptaron la pretendida conspiración comunista se encuentran el Cónsul Francés en Pernambuco, Brasil. En efecto, Etienne Durand, reproduciendo las declaraciones del *Journal de Comercio*, afirmó que el Partido Comunista mató a Gaitán porque éste era uno de sus principales adversarios. Además, agregaba, los métodos empleados el 9 de abril eran propios de los comunistas y “la facilidad con que el incendio se propagó revela la existencia de un plan preconcebido para consumir la destrucción de los edificios avistados en primer lugar por los comunistas, es decir los servicios centrales de los Archivos de la policía y las instalaciones del Ministerio de Justicia”³⁵.

Por su parte el embajador francés en Inglaterra, el 17 de abril indicaba que los Servicios del *Foreign Office* “no creían que la insurrección de Bogotá haya sido provocada por los comunistas”, y agregaba que “mucho menos que haya sido el fruto de intrigas soviéticas”. Según esta versión, el 9 de abril estalló un movimiento revolucionario “propriadamente sudamericano” y “su desencadenamiento en el momento de la Conferencia que venía de reunirse parece accidental”³⁶.

El comunicado más extenso y detallado se originó en la Embajada de Francia en Washington. Henry Boinet, el Embajador francés en Estados Unidos, en una misiva de 6 páginas detalló los efectos que los disturbios de Bogotá tuvieron en aquel país. Luego de señalar las críticas que en ciertos sectores del gobierno y de los negocios se hicieron a la falta de previsión de la CIA, Henry Boinet señaló que “después de algunos días de vacilación, Marshall ha inculpado al partido comunista de la responsabilidad de los sucesos”. De manera un tanto sarcástica, el representante francés consideraba que “un singular crédito debería, en ese caso, ser concedido a la eficacia de un partido que no contaría localmente con más de diez mil miembros”.

Se señalaba, igualmente, como en las primeras informaciones, emitidas antes del 12 de abril —es decir, antes que Marshall hubiera inculpado oficialmente a los comunistas del asesinato de Gaitán y de organizar los disturbios posteriores—, la prensa fue muy cauta sin atreverse a dar inculpaciones en ningún sentido. Después que Marshall habló, la prensa cambió repentinamente de tono y empezó a responsabilizar directamente a Moscú³⁷.

Para resumir, en el camino se identificaron las interpretaciones procedentes de tres niveles diferentes: del gobierno colombiano³⁸, del gobierno de los Estados Unidos y de los representantes diplomáticos de Francia en Bogotá. ¿Por qué tal coincidencia? La razón de fondo era que en esos instantes comenzaba la Guerra Fría y el anticomunismo estaba a la orden del día. Desde ese momento responsabilizar al “Comunismo Internacional” se convirtió en pauta explicativa de cualquier protesta social, la que era calificada, en forma apriorística de comunista y de ser instigada directamente desde Moscú. Los diplomáticos franceses, guiados por su abierto anticomunismo, de un lado, y por su etnocentrismo, que les impedía entender la acción espontánea de los pueblos de “razas indias y mestizas”, de otro lado, no podían más que reproducir de una forma burda las letanías del gobierno colombiano o del Departamento de Estado de los Estados Unidos.

El 9 de abril y la cacería de brujas

Para terminar, un ilustre francés que durante algunos años vivió en Colombia y a nivel internacional se destacó por sus contribuciones científicas, el antropólogo Paul Rivet, en una breve nota del 21 de abril de 1948 en *Le Monde*, se encargó de desmentir las afirmaciones oficiales del gobierno colombiano sobre el pretendido complot comunista. En la carta dirigida a *Le Monde*, Paul Rivet empezaba señalando: “Estoy horrorizado por las interpretaciones que se han dado en la prensa a los acontecimientos de Bogotá”³⁹. El científico francés, dando muestras de una notable perspectiva histórica y de un conocimiento mesurado, que tanta falta les hacía a los diplomáticos franceses, sitúa el 9 de abril en un contexto histórico amplio que va más allá de los sucesos de ese día, explicando la generación de la violencia desde mucho antes del “Bogotazo”. Rivet indicaba textualmente:

[...] El presidente Ospina Pérez ensayo la formación de un gobierno de compromiso con ministros pertenecientes a los dos partidos [...]. Los elementos conservadores de este gobierno...impusieron una política a la vez clerical y reaccionaria que hizo...imposible la colaboración de los ministros liberales. Una depuración brutal, tendía a la eliminación de todos los funcionarios liberales [...] En consecuencia una grave crisis política...era inminente. Las manifestaciones populares se produjeron y fueron reprimidas con violencia⁴⁰.

Ante todos estos hechos, “era claro que el partido liberal, de fuerte mayoría en el país, no estaba dispuesto a tolerar una agresión tan brutal del partido conservador. El conflicto se produjo: es la consecuencia misma del profundo sentimiento democrático que anima al pueblo colombiano”. Seguidamente se refería a la relación entre el 9 de abril y la Novena Conferencia Panamericana, considerando “lamentable que el hecho haya estallado en el momento en que la Conferencia Panamericana estaba reunida en Bogotá, pero es inexacto establecer una relación cualquiera entre los dos acontecimientos”. Y, en unas palabras dirigidas a todos los que inculpaban a los comunistas, entre los que se debían incluir a sus compatriotas diplomáticos en Bogotá, decía: “Es insensato para el que conoce a Colombia, interpretar los hechos como una acción comunista oculta. El partido comunista se reduce en Colombia a algunos intelectuales sin gran prestigio que no disponen de mayor prestigio en las masas populares”. Paul Rivet terminaba señalando: “Hay demasiadas tergiversaciones inquietantes en este mundo sin necesidad de añadir otra nueva para hacer una interpretación apasionada de sucesos cuyo carácter local es claro”⁴¹.

Este comentario equilibrado de un investigador, conocedor de cerca de la realidad colombiana, pasó prácticamente inadvertido para los diplomáticos franceses, que siempre consideraron el 9 de abril como el producto de una acción comunista local, que había sido auspiciada y preparada por el “Comunismo Internacional”. Esta aseveración parecería estar desmentida por un Telegrama del 7 de junio de 1948, en el que J. L. decía: “He tenido conocimiento de muy buena fuente que la encuesta sobre el asesinato de Gaitán habría revelado la culpabilidad de elementos irresponsables de la extrema derecha conservadora. La publicación de esta información, que el gobierno evidentemente se va a esforzar en retardar lo máximo posible, amenaza con volver un poco más insostenible la ya de por sí difícil posición del presidente”⁴². Esta información tan fundamental, que desmentía en sí misma todas las patrañas anunciadas desde el 9 de abril, no fue considerada a fondo por los diplomáticos franceses en ninguno de sus posteriores análisis, tal y como si en realidad no existiera. Por tal razón, se puede decir que pese a todas las evidencias en contra, los diplomáticos siempre mantuvieron su interpretación anticomunista sobre el 9 de abril.

Esta misma fue la postura oficial del gobierno colombiano, ratificada claramente en una airada carta que Fernando Londoño y Londoño, Embajador de Colombia en Francia, dirigió a *Le Monde* para desmentir las afirmaciones de Paul Rivet. Allí se afirmaba que “el gobierno colombiano ha dicho que la trágica revuelta de Bogotá era la obra del comunismo apátrida y de ningún modo la del liberalismo colombiano. Esta afirmación ha sido hecha igualmente por el Ministro de Gobierno, Darío Echandía, nuevo jefe del partido liberal”⁴³. Seguidamente para refrendar su posición citaba extensamente el editorial del diario *El Tiempo* del 16 de abril, firmado por Enrique Santos, en el que se responsabilizaba al comunismo internacional de haber organizado tanto el asesinato de Gaitán como la insurrección popular que le siguió. Concluía señalando que cuando el profesor Rivet desmentía al presidente de Colombia y afirmaba que la destrucción de “los museos científicos y el saqueo de los almacenes son la consecuencia natural del profundo sentimiento democrático que anima al pueblo liberal colombiano, busca perjudicar a mi gobierno y ofende gravemente a un

partido político al cual mi país le debe al menos la mitad de su gloriosa historia cívica [...]”. La carta de Paul Rivet, remataba Londoño y Londoño, “ofende a mi país y a sus partidos políticos, empleando un tono aparentemente amistoso, pero por eso mismo profundamente dañino y engañoso”.⁴⁴

La tergiversación de las palabras de Paul Rivet no podía ser más vulgar, pues en ningún momento el sabio francés decía que la destrucción y el saqueo de Bogotá era una muestra del profundo sentimiento democrático que animaba al pueblo colombiano. Decir esto era tomar en forma dañina y engañosa un análisis coherente y contextualizado como el que había hecho Rivet. Pero, al margen de las afirmaciones sin fundamento del gobierno colombiano, la carta de Fernando Londoño y Londoño lo que indicaba era que a partir de ese momento la diplomacia colombiana en Francia estaría muy activa en los años por venir para mantener la imagen democrática de un régimen dictatorial.

La respuesta a Paul Rivet no paro ahí, pues semanas después en Colombia se presentó un hecho bochornoso, encaminado a empañar la vida profesional y privada del ilustre francés, que tenía una relación directa con sus declaraciones sobre el 9 de abril. El 7 de mayo los diarios de Bogotá publicaron las declaraciones del Director de la Biblioteca Nacional, Eduardo Carranza, en las que afirmaba que el único ejemplar e incunable de una *Gramática Chibcha*, que valía 200.000 pesos, que años antes se había prestado a Rivet había desaparecido. Se insinuaba, pues, que Rivet se había robado el libro. La acusación en sus términos iniciales era malintencionada, pues rápidamente se supo que la gramática chibcha no era ni incunable, ni valía la cantidad que se le atribuía y además existían varios ejemplares en diferentes lugares de Bogotá. Hasta *El Tiempo* salió en la defensa de Rivet calificando la acusación de “vaga y venenosa sugestión” y considerando que “el cargo es tan inepto que no vale la pena discutirlo”. Además, agregaba *El Tiempo*, que la insidiosa maniobra tenía que ver con las declaraciones que Rivet había hecho a *Le Monde*, y que “no habían agradado a los conservadores colombianos”. Pero “en lugar de rectificarlas, si es que admiten rectificación, se ha pretendido deslizar insinuaciones injuriosas contra un barón intachable”⁴⁵. Por su parte Luis Duque Gómez, sucesor de Rivet en la dirección del Instituto Etnológico Nacional, consideró que una sana controversia política no podía convertirse en “conspiración contra la honra de hombres como Rivet”⁴⁶. A medida que se agudizaba la controversia, y que se iba demostrando que la versión original de Eduardo Carranza no era cierta, éste fue modificándola sucesivamente. Por ejemplo en un principio dijo que el libro se había perdido 3 años atrás y cuando se demostró que Rivet en esa fecha no estaba en Colombia, entonces el poeta, metido a bibliotecario, dijo que la gramática se había perdido en 1938. Igualmente había dicho en primera instancia que *La Gramática* era un libro impreso y luego afirmo que era el manuscrito original. Las imprecisiones de Eduardo Carranza fueron objeto de burla y de crítica por parte de diversos periódicos y el propio Paul Rivet se refirió a ellas diciendo que “si hubo bibliotecarios que fueron excelentes poetas, no todos los poetas pueden improvisarse como bibliotecarios”⁴⁷

DOCUMENTOS ANEXOS
(Traducidos por R. Vega)

1

ANALISIS DEL EMBAJADOR DE FRANCIA EN ESTADOS UNIDOS
ACONTECIMIENTOS EN BOGOTA

Washington, 16 de abril de 1948

De Henry Bonnet, Embajador de Francia en los Estados Unidos,
a su excelencia Georges Bidault, Ministro des Affaires Etrangères de la República Francesa en
París.

Una semana después del comienzo de los acontecimientos revolucionarios en Colombia, parece que todavía el gobierno de los Estados Unidos no ha logrado determinar con certitud la causa principal, ni encontrar los medios de remediar su sensible pérdida de prestigio.

Aunque la situación local era crítica desde hace mucho tiempo y aunque algunos diplomáticos extranjeros acreditados en Colombia, particularmente el Embajador de Chile, hayan indicado a su gobierno la posibilidad de graves sucesos, al parecer la delegación estadounidense confiadamente arribo a Bogotá. Una embajada que comprende 78 miembros, entre los cuales seguramente hay varios representantes del FBI y que maniobran sobre un terreno que debería ser familiar a los Estados Unidos, a primera vista parece no haber presentado los acontecimientos que iban a desencadenarse.

Por eso, el Secretario de Estado interino constató anteayer, en su conferencia de prensa, ciertas dificultades para convencer a su auditorio de que sus servicios secretos no habían sido totalmente sorprendidos y que habían sido prevenidos de la posibilidad de demostraciones durante la Conferencia. Los periodistas que lo rodeaban difícilmente lo creyeron. Los miembros del Congreso se mostraron aún más reticentes y reclaman una investigación sobre la evidente incapacidad de los servicios secretos de los Estados Unidos. Para el representante de California Norris Poulson, los Estados Unidos sufrieron una derrota irreparable, cuyo responsable es la Agencia Central de Inteligencia, que dirige el Almirante Hillenkoeter. Parece, igualmente, dibujarse en el Congreso la tendencia a reestructurar el Servicio de Información Americano y para transferirlo eventualmente a un organismo civil, que no desearían confiar ni al General Donovan ni al antiguo personal de la O.S.S.

En todo caso, ayer el almirante Hillenkoeter se defendió enérgicamente ante un Comité de la Cámara, afirmando que las advertencias no habían faltado; y, gracias a Dios, él logró encontrar un lugarteniente a quien imputar la responsabilidad por no haber transmitido una información capital. Un funcionario o corresponsal de prensa del Departamento de Estado, ayer afirmó que Marshall no había tenido en cuenta las indicaciones dadas en este sentido. Pero, evidentemente, tan diversas posiciones oficiales están muy lejos de la realidad.

Después de algunos días de vacilación, Marshall responsabilizó al partido comunista de los hechos ocurridos en Bogotá. En este caso, un singular crédito debería serle acordado a la eficacia de un partido que localmente sólo cuenta con unos 10.000 miembros. Y el periódico "P.M." justamente recalca que la acción indiscriminada habría reunido el descaro de los autores del incendio del Reichstag, la astucia de los Borgia y la presencia de Nostradamus. En efecto, si algunos miles de agitadores son capaces de planear el asesinato de un líder de izquierda, de encontrar un inocente para este fin, de reunir a las masas en algunos minutos y de sublevar rápidamente los cuatro rincones de un país de diez millones de habitantes, entonces la seguridad de los Estados Unidos se encuentra en un evidente grave peligro. Si hasta el presente ni se ha pensado en incriminar al gobierno colombiano por su incapacidad y

debilidad, en lo que concierne a la responsabilidad comunista las primeras reacciones oficiales y de la prensa estadounidense, habían sido moderadas. “Es demasiado temprano, escribía el 11 de abril el *New York Times*, para precisar las causas y para prever el resultado de la explosión de violencia que se produjo en la capital de Colombia... Es evidente que ésta no fue una verdadera revolución política, sino el desencadenamiento espontáneo por el dolor y la cólera a causa de la muerte del dinámico líder del principal partido político, quien estaba fuera del gobierno debido a una ruptura en el interior de sus propias filas. Por supuesto, el lugar de convergencia de la cólera fue el gobierno que, aunque minoritario, ejercía sus funciones. El pequeño partido comunista, aparentemente, no tiene nada que ver con el origen de los motines, pero si aprovechó la oportunidad en su beneficio”.

Mientras tanto, el 12 de abril Marshall encontraba al fin el chivo expiatorio en el comunismo internacional y su insistencia llevó a los participantes en la conferencia a continuarla en el mismo lugar; y el gobierno de Bogotá anunciaba una pseudo ruptura con los soviéticos. El corresponsal del *New York Times* en Balboa daba a entender que el asesinato de Gaitán habría sido un golpe comunista, pero cuarenta y ocho horas más tarde el mismo periódico declaraba saber de fuente segura que el asesino pertenecía al partido conservador. Parece, en efecto, que ese asesino quería saciar una venganza personal, pues Gaitán había hecho absolver al asesino de su padre.

A partir del 13 de abril, la prensa de Estados Unidos en su conjunto no dejaba de atacar las maquinaciones comunistas y, decididamente orientada, subraya la extraña coincidencia de que en el mismo instante en que las clases bajas colombianas se sublevaran, haya incidentes en Brasil, Paraguay y Chile. “Los levantamientos de Paraguay y de Colombia, escribe Constantine Brown el 12 de abril en el *Evening Star*, parece que fueron preparados en Moscú desde que se supo que Bogotá sería el sitio escogido para la Conferencia Panamericana, de la que se temía colocara las relaciones interamericanas sobre un terreno más firme. En efecto, para Moscú la estabilización de las políticas del hemisferio occidental representaría un peligro real. Esa estabilización hubiera afectado gravemente la actividad de los comunistas en América Latina”.

En definitiva, las afirmaciones de unos, como los desmentidos de otros, reflejan el mismo desconcierto. Los policías colombianos en revuelta se rindieron a los soldados sin instrucción y la Conferencia se reanudó en la ahumada atmósfera del Liceo Moderno, en condiciones que nada agregan a las esquivas del panamericanismo, ni a la autoridad de la nación que debería asumir la dirección. Presa entre la agitación que se produce ahora en el Ejército, el descontento de una amplia fracción liberal y la amenaza de una huelga general, en cualquier caso la potencia que invitó debe estar ansiosa por terminar los debates de una Conferencia privada hasta de sus archivos, y las delegaciones de irse de una zona peligrosa. En tales condiciones, muy poco se sabe en Washington si de la resucitada Conferencia se podrá esperar algo más que la adopción del pacto orgánico.

Sin duda, las nuevas condiciones permitirán tratar más o menos por preterición la cuestión de los créditos para América Latina, y facilitaran la sofocación de la espinosa cuestión colonial. Pero, es bueno recordar que cuando la Delegación estadounidense salía para Bogotá estaba decidida a impulsar las cuestiones económicas y a preparar al hemisferio occidental en una política de participación a la ERP.

Consciente del peligro, Walter Lippman intentó en el *Washington Post* del 13 de abril extraer la filosofía de esta derrota y determinar que el mismo principio del sistema Panamericano es lo que no le permite funcionar de manera positiva. “El desarrollo de la Conferencia, escribía, antes de que ésta fuera turbada brutalmente, indicaba claramente que las fórmulas diplomáticas corrientemente aceptadas no permitían construir, estabilizar y consolidar esta fracción de la civilización occidental que fue la menos destruida por la guerra y que hoy es la menos amenazada. El Secretario de Estado encontraba extraordinariamente difícil conciliar

nuestros compromisos con respecto a Europa con los que nuestros vecinos latinoamericanos creen inherentes al sistema interamericano.

“Yo me permito pensar que la Conferencia demostró que los Estados Unidos y las Repúblicas Latinoamericanas, a pesar de todos sus lazos tradicionales, no constituyen una comunidad viable en el mundo moderno y que, progresivamente, sus problemas se vuelven más insolubles dentro de los límites internos del hemisferio occidental.

“La comunidad real a la que todos nosotros pertenecemos verdaderamente no estaba representada en Bogotá. Los límites geográficos de la Conferencia eran las fronteras canadienses y el Océano Atlántico. Estas son fronteras artificiales, pues en lo que concierne a su defensa estratégica, a su economía y a sus relaciones culturales, las repúblicas latinoamericanas y los Estados Unidos en sí mismos no son una comunidad de estados autosuficientes. Ellos hacen parte de una comunidad más amplia, en la que se encuentran Canadá, Europa y África, y ninguno de los aspectos principales sobre la seguridad y la reconstrucción podrán recibir solución sino en este marco... Un poco más de tacto y de habilidad diplomáticas probablemente habrían evitado las demostraciones hostiles a nuestro país. Pero considerando mejor las cosas, posiblemente sólo se hubieran podido atenuar los problemas -o aplazarlos para más tarde- nacidos del hecho que nuestra política latinoamericana y nuestra política europea no fueron coordinadas o armonizadas ni aquí ni en América Latina. La ERP y su retoño -es decir lo que se denomina la Unión Occidental- no solamente son temporales medidas de urgencia. Ellas representan una nueva empresa que hace imposible suponer, y dejar a las Repúblicas Latinas suponer, que el viejo sistema americano de la preguerra permanezca inmodificable. Hemos aquí llegar al término del aislamiento no sólo de los Estados Unidos, sino de todo el hemisferio”.

FIRMA: Henry Bonnet

Fuente: *Série Amérique 1940-1952, Sous-Série Colombie, Volumen 6, Affaires Extérieures, 1944 octobre-1952 febrero*, pp. 90-95.

2

LOS SUCESOS DEL 9 DE ABRIL VISTOS POR EL EMBAJADOR DE FRANCIA EN COLOMBIA TELEGRAMA

Bogotá, 21 de abril de 1948

Jacques Lecompte Boinet.

Embajador de Francia en Colombia

Diez días después, es posible hacer un primer juicio sobre los sucesos que trastornaron a Colombia. En primer lugar, es necesario recordar que la situación interna era extremadamente tensa como desde diciembre último lo señalaban mis informes y telegramas: debilidad creciente del gobierno de Unión Nacional, incoherencia del parlamento, cambios constantes en la composición del gobierno, ausencia de una política económica y social, crisis de la política de colaboración, crisis en el interior de los partidos, múltiples asesinatos políticos, huelgas petroleras, encarecimiento de la vida.

Que en el momento de apertura de la Conferencia se haya formado un gobierno homogéneamente conservador, y que el violento líder Laureano Gómez haya asumido la cartera de Relaciones Exteriores, no contribuyó a calmar los espíritus. Y Gaitán emprendía contra ese gabinete una campaña tanto más violenta a medida que sentía como las masas liberales se separaban de los jefes moderados del partido liberal para seguirle ciegamente.

A pesar de todo, se pensaba que nada sucedería mientras se realizara la Conferencia Panamericana.

El viernes 9 de abril estalló como una bomba la noticia del asesinato de Gaitán. Bajo tales circunstancias la reacción del pueblo necesariamente debía ser brutal, y su cólera -que despertaba los instintos ancestrales de elementos fuertemente mezclados con indios- debía desencadenar las más bajas pasiones.

Pero, por más increíble que esto pueda parecer, si se piensa en todos los síntomas que acabo de enumerar, todo el mundo fue tomado por sorpresa.

Y, sobre todo, el gobierno conservador, que no había tomado ninguna medida de seguridad aunque tuviera la responsabilidad del orden, en el momento en que se encontraban presentes en su capital junto con el General Marshall doce ministros de Relaciones Exteriores. El 9 de abril, la guarnición de Bogotá se reducía a 700 hombres, la mayoría jóvenes reclutas, pues todo el ejército se había quedado en la provincia de Santander, a donde en enero había sido transportado para reprimir unos disturbios. En lo que respecta a la policía de la ciudad, casi en su totalidad tomó partido por los amotinados. Ninguno de los Ministros que desde hace 20 meses se sucedió en el Ministerio de Gobierno se había preocupado de su lealtad.

Por su lado, los jefes liberales, tan sorprendidos como el gobierno, no estuvieron en capacidad de controlar la situación y de “dirigir” el furor popular... hacia la toma del poder, tarea que ha debido constituir su mayor preocupación.

Así, en el desorden y la completa anarquía, ninguna autoridad se manifestó, en el campo el pueblo quiso vengar a su jefe quemando casas, propiedades y cosechas, mientras que en las ciudades fue conducido por los agitadores al saqueo, a la destrucción y al incendio.

Pero, entonces, se plantea la pregunta de establecer quién tenía interés en mandar asesinar a Gaitán y en fomentar disturbios de esta naturaleza.

Se ve mal a los grandes partidos nacionales aceptar deliberadamente la destrucción de la capital del país y de muchas grandes ciudades bajo los ojos de los representantes de 20 naciones por un tenue éxito de política interior. Cuando algunos insinúan que con ese atentado los conservadores esperaban decapitar al partido liberal, ellos no explican cómo los jefes conservadores se dejaron sorprender, como lo fueron, por el suceso y cómo aceptaron en definitiva ceder en tal circunstancia las palancas de comando (Gobierno, Guerra, Educación) al partido adverso; ellos no explican, sobre todo, la orientación netamente anti religiosa de ciertas destrucciones (Nunciatura, Arzobispado, iglesias, colegios y conventos).

En cuanto a los liberales, si los jefes tradicionales hubieran querido deshacerse de Gaitán, se puede pensar que ellos estarían preparados para tomar el poder y expulsar a los conservadores de todos los puestos. En cambio, se nota el interés que tenían los agitadores internacionales en golpear la imaginación con las destrucciones masivas en el corazón del continente americano. Se comprende entonces que esos agitadores no hayan buscado tomarse el poder, porque sabían que siendo una ínfima minoría no podían pretenderlo. El método empleado fue el mejor: era necesario asesinar al jefe popular para sublevar las masas, pues ni la muerte violenta del presidente de la república, ni la de Laureano Gómez, ni la del General Marshall no habrían sacudido verdaderamente a las masas populares como lo hizo la muerte de Gaitán. Y si el atentado es un caso fortuito, un hecho aislado, la explosión que tuvo lugar revela, por su habilidad, una experiencia poco común en el manejo de las masas.

Cualquiera que sea la explicación que podamos buscar, lo que hoy importa es analizar la situación y mirar hacia el futuro.

El 11 de abril, el Presidente disolvió su gabinete homogéneamente conservador y reconstituyó un gobierno de Unión Nacional en el que los liberales controlan los ministerios claves de Gobierno, Guerra y Educación.

Pero nada se ha resuelto con esto: se siente que no hay unidad de opinión en el seno de este gobierno. Su composición no satisface a nadie: ni a los conservadores que perdieron las carteras más importantes; ni a los liberales que creen que han hecho una revolución, tras lo

cual piensan que tienen el derecho de reivindicar el poder sin compartirlo y reclamar la dimisión del presidente.

¿Éste, después de haber cedido los puestos esenciales a los liberales, como lo prevé la constitución solamente espera el regreso del doctor Santos, Primer Designado de la nación, para demisionar en su favor? Pero, bajo esta hipótesis, ¿cuál sería la actitud de los conservadores, los que constituyen una importante minoría de 500.000 votos contra 700.000 liberales, si se cree en la consulta electoral de los dos últimos años?

Por lo demás, parece que en este momento el doctor Ospina Pérez no tiene la intención de capitular. En tal caso, ¿durante cuánto tiempo soportarán las masas liberales que se sublevaron la supervivencia de un gobierno conservador y la presencia en la cartera de Relaciones Exteriores del Ministro de Gobierno bajo cuyo reinado fue abatido su ídolo?

Es importante señalar que la primera consecuencia de estos sucesos fue rehacer la unión del partido liberal alrededor de Darío Echandía, interino ex presidente de la república, y hoy ministro de Gobierno. Echandía reúne en efecto diversas tendencias del liberalismo. Es reconocido por los liberales tradicionalistas por haber hecho su carrera política al lado de López y es apreciado por los Gaitanistas en razón de sus tendencias de izquierda y por la amistad que lo unía con Gaitán, en torno a lo cual Echandía públicamente multiplicó las manifestaciones en el curso de los últimos meses.

No se ve dibujarse la figura del hombre de Estado que, con un prestigio suficiente, podría arbitrar la situación y restaurar la paz de los espíritus en este país.

Por esto, a pesar de la tregua política que acaban de proclamar los directorios nacionales de los dos partidos, es de temer que Colombia atraviese un periodo de inestabilidad y de enfermedad endémica. Es demasiado temprano para apreciar la solidez de la reencontrada unidad del partido liberal. Un solo elemento de estabilidad subsiste: el Ejército, que en el curso de estos sucesos dio prueba de una lealtad absoluta a las instituciones y el único que en la actualidad da una impresión de orden y de disciplina en un país trastornado por estas trágicas jornadas.

Pero, precisamente, ¿el ejemplo de solidaridad que el Ejército viene de dar no va a incitar a los políticos a atacarlo para atraerlo a su lado, y así debilitar un cuerpo hasta el presente indemne a las presiones políticas?

Firma: Jacques Lecompte Boinet.

Fuente: *Série Amérique 1940-1952, Sous-série Colombie, Volumen 4: Affaires Intérieures, 1945 febrero-1948 diciembre*, pp. 134-136.

3

INTERPRETACION DE LOS SUCESOS DE ABRIL EN COLOMBIA

De Oliver Deleau, Secretario de la Embajada de Francia.

A su excelencia el Ministro de Affaires Etrangères de Francia.

Los diversos comentarios por los cuales se busca un poco en el extranjero y aquí mismo interpretar los sucesos que se produjeron en Colombia del 9 al 11 de abril – y de los cuales ninguno es enteramente satisfactorio – me incitan a intentar analizar los elementos susceptibles de explicar como un país que figuraba de nación políticamente prudente y parecía un modelo envidiable para la mayoría de las Repúblicas latinoamericanas, pudo, después de un periodo de paz de más de 45 años, hundirse en algunas horas en la más completa persecución y anarquía.

Los despachos de esta embajada indicaron mes por mes la evolución de la situación política interior desde mediados del año 1946.

Gracias a la profunda división en el partido liberal, las elecciones del 5 de mayo de 1946, llevaron a la presidencia al candidato conservador, quien había obtenido 565.000 votos contra 441.000 del candidato liberal moderado, M. Gabriel Turbay, y 358.000 votos del líder popular Gaitán, quien reclamaba se igualmente del liberalismo.

En presencia de tales resultados, que indicaban la existencia en el país de una mayoría liberal neta, aunque dividida, el nuevo elegido no podía preconizar otra política que la de unión nacional. Él la condujo con una lealtad perfecta pero, aquí como en otros lugares, esta fórmula mostró que no permitía una acción constructiva: la oposición latente entre los elementos conservadores y liberales en el seno del gabinete y la permanente inestabilidad gubernamental que de allí se desprendió no permitieron la elaboración – y menos aún la puesta en marcha– de cualquier política económica y social. Ahora bien, en momentos en que el país sufría los efectos de la inflación, debido a las consecuencias de la guerra y de la postguerra sobre su economía, cuando acababan de edificarse fortunas considerables y el costo de la vida se acrecentaba sin cesar, la ausencia total de acción en favor de las clases trabajadoras y media constituía una primera y seria causa de descontento; y este descontento se había ya expresado en varias huelgas o amenazas de huelgas.

Al mismo tiempo, el partido conservador quería sacar ventaja de la presencia – por primera vez después de 16 años- de uno de los suyos en la Suprema Magistratura del estado y de su control sobre la mitad de la administración, es decir, los ministerios claves de Gobierno y de la Educación Nacional. Este partido quería instalarse sólidamente en el poder y para ello apartaba sistemáticamente de todos los empleos públicos las personalidades liberales que los ocupaban, y colocaba a sus partidarios con el fin de asegurar una mayoría en las próximas elecciones presidenciales.

Es así como la empresa conservadora se fortalecía cada vez más. Los conservadores -reinstalados en todos los niveles de la administración, después de un largo eclipse- saciaban, sobre todo a escala local, los rencores acumulados durante más de tres lustros y donde podían vejaban a los liberales, provocando a comienzos de 1948 así disturbios en varias provincias.

Esta acción se facilitaba por la desorganización del partido liberal, que se había dividido en dos: la fracción tradicional que se encontraba en minoría en el seno mismo del partido por las elecciones parlamentarias y municipales de 1.947, y una nueva tendencia, que de liberal no tiene sino el nombre, que es la gaitanista.

El gaitanismo es esencialmente la manifestación colombiana y contemporánea de este caudillismo o caciquismo típicamente latinoamericano. Gaitán, es la figura del tribuno popular, del orador que, se inspiraba en los ejemplos de Mussolini y de Perón, sobre los que meditó profundamente; sabe manejar a las multitudes con los acentos de una ideología vaga, pero perfectamente adaptada a su temperamento; es el “Duche” en perfecta comunión de espíritu con “su” pueblo.

Jorge Eliécer Gaitán supo cristalizar el descontento y –aunque es posible que haya desempeñado de manera imprudente el rol de aprendiz de brujo- sacudió la apatía de las masas indígenas, atrayendo en forma particular hacia él -es decir, a un partido nacional- los elementos que, sin el, sin duda habrían ido al comunismo.

Pero, tribuno más bien que hombre de Estado, Gaitán no comprendió que se había convertido en jefe del Partido Liberal, y en consecuencia, jefe de la mayoría en el Congreso. Él no supo utilizar esta fuerza en beneficio de una política positiva, para imponer al gobierno la adopción de leyes sociales o de medidas económicas eficaces. Al contrario, él se acantonó, a decir verdad, en una actividad ruidosa, de acoso, de oposición mezquina al gobierno, enervándolo e incitándolo a escudarse en una actitud cada vez más sectaria, hasta romper la Unión Nacional en la víspera de la Conferencia.

Así, una situación económica desfavorable, las dificultades crecientes de la vida material para las masas populares y hasta para las clases medias, la debilidad inherente a la fórmula gubernamental, el carácter cada vez más agudo de las rivalidades de los partidos, la agitación estéril de un Congreso mal dirigido, al mismo tiempo que el despertar de las masas bajo la acción de un gran “manipulador de hombres”, todo esto había contribuido a crear en este país un malestar generalizado, una tensión muy fuerte.

Y, en una atmósfera como ésta, era evidente que la primera chispa provocaría una explosión. Era inevitable que el asesinato del ídolo popular desencadenara la cólera de las masas e inmediatamente provocara reacciones extremadamente brutales. En estas condiciones, era natural, que la multitud se dirigiera en masa hacia el palacio presidencial para lanzar allí el cadáver del asesino, que incendiara la sede de los periódicos conservadores y que se librara al pillaje y al asesinato, atacando los ministerios de Gobierno y de Justicia, los palacios del Nuncio y del Arzobispo, las iglesias y los establecimientos religiosos, por odio contra un clero quien estaba íntimamente ligado con el conservatismo.

Los colombianos de todos los matices políticos se esfuerzan en señalar que la situación preexistente no explica cómo, mientras el Gobierno, la Policía, el Ejército y los partidos fueron tomados de improviso por el acontecimiento. El furor popular pudo ser, desde la primera hora, explotado y dirigido por elementos manifiestamente experimentados; para ellos, la tensión política no es suficiente para explicar la ocupación casi inmediata de las emisoras, la constitución de una “Junta Revolucionaria”, que ha dado durante seis o siete horas, a través de las ondas de radio, directivas a sus agentes repartidos por todo el país, recomendándoles la toma de los edificios públicos, alcaldías, telégrafos, estaciones de policía y, en particular, el incendio de todos los edificios que abrigaban los servicios de la policía secreta. La existencia de bombas incendiarias, encontradas un poco por doquier y sobre todo el espectacular plan de destrucción de la capital, que nunca un dirigente político colombiano, por sectario que fuese, no habría ordenado, corroboran las tesis de los distintos sectores políticos del país.

Recordando de la visita del senador chileno Ocampo, el paso reciente de un cierto número de extranjeros sospechosos, la creencia ampliamente difundida, hace dos meses, en un plan comunista de sabotaje de la Conferencia, contra el cual el mismo Gaitán se había manifestado a finales de marzo, esos sectores han llegado a pensar que los elementos revolucionarios –que ya disponían de una cierta organización clandestina en el país– pudieron aprovechar la ocasión ofrecida por el asesinato del doctor Gaitán –si es que esos mismos elementos no lo ordenaron–. Y, al no querer retener la hipótesis de un caso fortuito, se preguntan quienes tenían interés en provocar este atentado.

Esos sectores afirman – y esto es exacto – que el gobierno conservador fue notablemente sorprendido por el suceso como para que se le pueda acusar y que no se ve cómo se beneficiaría de la desaparición del jefe popular, cuya sola presencia mantenía dividido al partido adverso. Por su parte, los liberales tradicionalistas se habrían preparado para tomar el poder; ahora bien, ellos no estaban listos y nada intentaron.

Por lo demás, entre los colombianos el orgullo nacional es demasiado grande como para que ninguno de los grandes jefes conservadores o liberales haya podido considerar la conmoción de la vida nacional bajo los ojos de las delegaciones extranjeras, pues todos deseaban el éxito de la primera Conferencia Panamericana que se celebraba en su país.

Por el contrario, los colombianos de todos los matices ven fácilmente las ventajas que la operación podía presentar para los comunistas.

La desaparición de Gaitán, después de que éste había despertado las masas y les había dado conciencia, servía a los intereses de los comunistas, pues el mismo Gaitán era anticomunista y él habría utilizado esta nueva fuerza en su favor y no en la de aquéllos. Con su muerte, el movimiento que él creó, ahora puede caer en manos de los comunistas quienes, ya, se

apoderaron de su periódico y los que, sin duda, pensaron que había llegado el momento de ingresar activamente en la vida política colombiana.

Sin embargo, al no estar demostrada la culpabilidad del comunismo en este asunto –y no porque no se pueda demostrar que tenía todo el interés en perpetuar este atentado e incluso que era el único en poder aprovecharlo- uno no está autorizado para acusarlo.

Sin duda, hay ciertas apariencias que apoyan esta tesis y que no permiten descartarla en primera instancia. Pero también se puede pensar que sin ser la acción de un partido político colombiano, el asesinato de Gaitán puede resultar del acto de un individuo aislado o de la decisión de un pequeño núcleo de hombres irresponsables que creyeron servir su patria, y los indicios de los que buscaron la rúbrica del comunismo pueden también ser imputados a elementos liberales.

No obstante, si la explicación del comunismo no es válida, se retorna inevitablemente a la hipótesis según la cual se trataba solamente de un incidente de política nacional, de una consecuencia demasiado natural de la situación interior. Pero, entonces, uno se encuentra obligado a constatar que el gobierno colombiano dio prueba de una incuria y de una incompetencia criminales al no prever nada y al no tomar ninguna medida de precaución para asegurar el orden, al menos durante la Conferencia, que los partidos políticos colombianos han alcanzado un grado inimaginable de desorganización y de anarquía y que este pueblo se encuentra todavía en un estado de salvajismo primitivo raramente esperado en otras latitudes.

Se comprende, igualmente, la repugnancia de las gentes de este país en admitir esta hipótesis y en su obstinación de acusar el comunismo.

Nosotros no tenemos las mismas razones para preferir una explicación u otra: debemos, por el contrario, esforzarnos para juzgar con serenidad, sin querer pronunciarnos evidentemente desde ahora de una manera definitiva, pues muchos de los elementos todavía son oscuros.

Posiblemente, sea necesario rebuscar la verdad en una conjunción de las dos interpretaciones y ver en estos sucesos los efectos de dos factores diferentes, el uno de origen local, nacional, y el otro exterior al país, pero reteniendo parcialmente la hipótesis comunista. Me inclino a pensar que los argumentos susceptibles de apoyarla deben ser buscados menos en el dominio de la política interior colombiana que en el de la política internacional, pues en este plano el comunismo podía, en efecto, estar interesado en hacer una demostración espectacular, para sabotear la Conferencia. Sin duda, el comunismo internacional debía pensar muy bien que esta acción facilitaría la firma de un pacto anticomunista interamericano, pero sabía que, en cualquier caso, el concierto de las naciones americanas no le sería favorable.

Y en realidad es en el plano mundial –y no solamente sobre el plano americano– que la operación podía concebirse: permitía mostrar al mundo entero que el comunismo internacional ya se encuentra instalado sobre un continente que parecía por completo situado bajo el control de los Estados-Unidos, que está en capacidad de sublevar un pueblo en el corazón mismo de América y en consecuencia, en caso de conflicto, tener a sueldo una “quinta columna” activa. Esto era debilitar, o los ojos de los comunistas de Europa y de Asia, la posición de los Estados-Unidos.

Firma: Oliver Deleau,

Fuente: *Série Amérique 1940-1952, Sous série Colombie, Volumen 4: Affaires Intérieures, 1945 febrero- 1948 diciembre*, pp. 137-144.

4

OPINION DEL CIENTIFICO FRANCES PAUL RIVET SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS DEL 9 DE ABRIL

Estoy horrorizado por las interpretaciones que se han dado en la prensa a los acontecimientos de Bogotá. Creo, pues, útil darle una explicación muy sencilla y verdadera. En Colombia hay dos partidos políticos: los conservadores y los liberales: unos y otros son republicanos, pero los primeros, de tendencia tradicionalista, se apoyan en el Clero y la Iglesia, mientras que los segundos, de ninguna manera son antirreligiosos, quieren un Estado laico y rigurosamente democrático.

En 1930 el partido liberal eligió a su candidato, Enrique Olaya Herrera, a la presidencia de la república (en Colombia, como en Estados Unidos, el primer magistrado es elegido por voto popular), porque los conservadores no se unificaron en torno a un solo candidato. En 1934 Alfonso López, igualmente liberal, sucedió a Olaya y la mayoría liberal se consolidó bajo la notable presidencia de este hombre de Estado. A López, lo sucedió en 1938 el presidente Eduardo Santos, liberal. En 1942, López volvió al poder por las vías constitucionales. En 1946 los liberales, desunidos como los conservadores en 1930, fueron al debate electoral con dos candidatos, mientras que los conservadores daban sus votos por un solo hombre y obtuvieron su elección aunque su partido no disponía sino del 40 por ciento de los votos populares. En estas condiciones fue elegido el presidente Ospina Pérez. El hecho era grave puesto que el régimen constitucional pone en manos del presidente un poder considerable, de la misma manera que en los Estados Unidos. Siendo los liberales mayoría en el país, en la Cámara y el Senado obtuvieron naturalmente la mayoría. Por esta razón, el Congreso en pleno nombró como Primer Designado (Vicepresidente) al doctor Eduardo Santos. Era una situación paradójica: un presidente conservador, un vicepresidente liberal y un parlamento de mayoría liberal.

Frente a esta situación el presidente Ospina Pérez intentó la formación de un gobierno de compromiso con ministros pertenecientes a los dos partidos. Pero parece que los elementos conservadores de este gobierno, entre los cuales se encontraba Laureano Gómez, jefe del partido, director del diario "El Siglo", el que parecía haber heredado el verbo mordaz y violento de León Daudet, impusieron una política a la vez clerical y reaccionaria que hizo rápidamente imposible la colaboración de los ministros liberales. Una depuración brutal tendía a la eliminación de todos los ministros liberales. Tal política vino acompañada de una exaltación nacionalista injustificada, aun con medidas inspiradas en cierta xenofobia o un antisemitismo lamentable en un país que durante la guerra ofreció fraternal hospitalidad a una multitud de exiliados del viejo mundo, sin distinción de credo político o de procedencia racial. Estos excesos condujeron a los liberales desunidos a agruparse. En consecuencia, una grave crisis política, que todos los conocemos y amamos a Colombia esperábamos con angustia, era inminente. Las manifestaciones populares se produjeron y fueron reprimidas con violencia. En Manizales, particularmente, tuvieron consecuencias trágicas: quince muertos. Era claro que el partido liberal, de sensible mayoría en el país, no estaba dispuesto a tolerar una agresión tan brutal del partido conservador. El conflicto se produjo: es la consecuencia misma del profundo sentimiento democrático que anima al pueblo de Colombia. Es lamentable que el hecho haya estallado en el momento en que la Conferencia Panamericana se reunía en Bogotá, pero es inexacto establecer cualquier relación entre los dos acontecimientos. Es insensato, para el que conoce a Colombia, interpretar los hechos como una acción comunista oculta. El partido comunista se reduce en Colombia a algunos intelectuales sin gran prestigio que no disponen de mayor apoyo entre las masas populares. En cuanto a un partido socialista, no existe.

He aquí la situación analizada en toda su objetividad. Hay demasiadas tergiversaciones inquietantes en este mundo sin necesidad de añadir una nueva para hacer una interpretación apasionada de sucesos cuyo carácter local es claro.

Firma: Paul Rivet

Fuente: *Le Monde*, 21 de abril de 1948.

FUENTES DOCUMENTALES CITADAS

- 1). Série AMERIQUE 1918-1940, Sous-Série COLOMBIE.
VOLUMEN 14: *Correspondance Politique, Situation Intérieure*
- 2). Série AMERIQUE 1940-1952, Sous-Série COLOMBIE (Microfilmes)
VOLUMEN 4: *Affaires Intérieures, 1945 febrero-1948 diciembre.*
VOLUMEN 6: *Affaires Extérieures, 1944 octubre-1952 febrero.*

NOTAS

-
- ¹. R. D Aumale, 8-IV-1938, *C.P. G, Vol 14*, p. 184.
 - ². *Ibid*, p. 184.
 - ³. J. L. B., 29-IV-1946, *Vol. 4*, p. 25.
 - ⁴. J. L. B., 3-V-1946, *Vol. 4*, p. 28.
 - ⁵. J.L.B., 22-V-1946, *Vol. 4*, p. 25.
 - ⁶. J.L.B., 29-IV-1946, *Vol. 4*, p. 25.
 - ⁷. J.L.B., 17-VIII.1946, *Vol. 4*, p. 41.
 - ⁸. *Ibid*.
 - ⁹. *Ibid*.
 - ¹⁰. J.L.B, 29-IV-46, *Vol. 4*, p. 26.
 - ¹¹. *Ibid*, p. 26.
 - ¹². *Ibid*, P. 26
 - ¹³. J.L.B., 12-IV- 1948, *Vol. 4*, p. 132.
 - ¹⁴. J.L.B., 21-IV-1948, *Vol. 4*, p. 134.
 - ¹⁵. *Ibid*.
 - ¹⁶. *Ibid*.
 - ¹⁷. *Ibid*.
 - ¹⁸. *Ibid*.
 - ¹⁹. *Ibid*.
 - ²⁰. *Ibid*.
 - ²¹. *Ibid*.
 - ²². *Ibid*.
 - ²³. J.L.B., 12-IV-1948, *Vol 4.*, p. 86.
 - ²⁴. *Ibid*. La mención a Argentina se debía a que la delegación de ese país había mostrado ciertas reticencias con relación a los proyectos anticomunistas impulsados por Estados Unidos. Dichas manifestaciones fueron difundidas antes del comienzo oficial de la Novena Conferencia Panamericana. Ver: Pierre Gilhodes, “El 9 de abril y su contexto internacional”, en *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, No 13-14, 1985-1986, p. 245. y César Torres Del Rio, *Diplomacia y guerra fría, América Latina, 1945-1948*, Fundación Nueva Época, Bogotá, 1992, p. 91.
 - ²⁵. J.L.B ., 12-IV-1948, *Vol 4*, p. 133.
 - ²⁶. O. D., 12-V-1948, *Vol.4*, p. 146.
 - ²⁷. *Ibid*.
 - ²⁸. *Ibid*, pp. 141-142.

²⁹. *Ibid.*

³⁰. *Ibid.*

³¹. *Ibid.*

³². *Ibid.*

³³. *Ibid.*, p. 144.

³⁴. *Ibid.*

³⁵. E. Durand, 21-V-1948, *Vol. 6*, p. 120.

³⁶. M. Baudet, Telegramme, Londres, 17-IV-1948, *Vol 6*, p. 96.

³⁷. Henry Bonnet, Washigton, 16-IV-1948, *Vol. 6*, p. 91.

³⁸. La explicación oficial del gobierno de Mariano Ospina Pérez sobre el 9 de abril, desde un principio, y sin la menor evidencia, culpabilizó al comunismo internacional de ser el responsable de la muerte de Gaitán. Esta explicación “legitimó” la declaración anticomunista de la Novena Conferencia Panamericana y la ruptura de relaciones del gobierno colombiano con la URSS. Ver: O. Deleau, 12-V-1948, *Vol. 6*, p. 115.

³⁹. Paul Rivet, "Opinión de Paul Rivet", *Le Monde*, 21 de abril de 1948.

⁴⁰. *Ibid.*

⁴¹. *Ibid.*

⁴². J.L.B., 7-VI-1948, *Vol. 4*, p. 165..

⁴³. “Le sens des événements de Colombie”, *Le Monde*, mayo 4 de 1948, p. 7.

⁴⁴. *Ibid.*

⁴⁵. *El Tiempo*, 8 de mayo de 1948

⁴⁶. *El Tiempo*, 8 de mayo de 1948.

⁴⁷. *El Liberal* 19 de mayo de 1948.